

## **MI AMIGO CHESTER**

6 años tenía, recuerdo con precisión y nostalgia, cuando las voces que anunciaban el cierre del campamento se volvieron reales y definitivas. Iniciaba el año 1996 y mi padre, un sureño adoptado por las salitreras, nos llamaba para interrumpir nuestras vacaciones.

Ya en Pedro de Valdivia, nos reciben los ladridos de un perro muy particular, un quiltro de frondoso pelaje, completa y absolutamente negro, salvo por su reluciente dentadura blanca, que destacaba como lo hacen las estrellas en las profundas e interminables noches pampinas. Chester, juguetón como él solo, no era de nadie, pero a la vez de todos, y el último tiempo se había convertido en mi mejor amigo, cuya sobrevivencia dependía exclusivamente de lo que quedara en las ollas de mi casa y de los pocos vecinos que aún permanecían en el pueblo.

Llegó el día, el camión afuera de la casa, y mientras cargábamos las maletas y cajas desbordadas de cachureos y recuerdos, lancé la incómoda pregunta ¿Qué va a ser del Chester? Supongo que lo vamos a llevar, o si no ¿Quién lo va a cuidar? Mis padres, cómplices de una respuesta disfrazada de verdad, me aseguraban que al otro día lo volveríamos a buscar. Así, medio incrédulo, medio ansioso, mientras partíamos el viaje, veía por el espejo retrovisor del camión –sin saber que sería la última vez- como se hacía cada vez más pequeña la silueta de mi negro y chascón amigo.

Hoy, Pedro de Valdivia convive con un silencio profundo, a veces sólo interrumpido por la danza de una que otra lata descolorida, y una vez al año, por aquellos que nunca quisieron irse y que nostálgicos vuelven por un trozo de recuerdo que les permita –aunque sea por un instante- poder sentirse vivos. Por mi parte, a veces regreso, en busca de un amigo que perdí, esperando poder escuchar esos ladridos y volver a sentirme niño.

**Nino.-**